

solventar los recios problemas de nuestros días, como es insuficiente la actitud de los hombres retrógrados de cualquier tendencia. Y es que hay cavernarios de distintas etiquetas, entregados a la reacción por temperamento, que no quieren admitir que nuestra generación ha presenciado más cambios en unos cuantos años, que muchos de los que presenció el mundo en una serie de siglos.

Por eso, es deber del dirigente, ya sea de un pueblo, de un partido, de un periódico, dentro del mundo actual, no estacionarse en las añoranzas, como lo hace el reaccionario, de derecha, de izquierda, o de centro, hasta convertirse, por ortodoxo que sea, en obstáculo permanente y presuntuoso, ya no de sus oponentes políticos, sino de la marcha de su Patria, del progreso mismo en proporción mundial.

Es deber de la prensa delatar estos atentados de lesa civilización y abrir los ojos de las mayorías para que ellas marchen hacia sus mejores condiciones de vida, y gocen de los frutos de los nuevos sistemas, por sobre las falacias de apóstoles miopes. Porque la prensa es la vanguardia del progreso.

Es decir, que toda esta gran tarea, de información, de dignidad, de mejoramiento y de justicia en América, presupone otro deber crucial del periodismo americano: *el de estabilizar la democracia*. No puede exigirse que todos pensemos igual; la libre discusión es inherente a la dignidad del hombre culto y a las instituciones políticas de un país culto también. La libre discusión es la esencia del periodismo civilizado. Por eso la democracia defiende sus posiciones *con argumentos*, mientras los totalitarios anticipan sus ejércitos con avanzadas de agitación, que proclaman la intolerancia y capitalización del dictorio. La actitud de probar con hechos los beneficios del sistema democrático, es la única técnica digna en esta lucha de las ideas contra los instintos.

La prensa tiene que hacer conocer y explicar los méritos y virtudes de las instituciones republicanas, no solamente en sus conquistas materiales e inmediatas, sino en su ambiente de discusión y respetabilidad. Y la prensa debe cuidarse del avance totalitario que aspira a destruir la democracia, en abuso de las mismas libertades presupuestas en ella. Por fortuna, la dura experiencia de nuestro mundo de post-guerra, ha puesto en evidencia los métodos de las campañas interiores, las quintas columnas y las máscaras demagógicas a que recurren los heraldos de una sumisión implacable y tártara. Pero la defensa de la democracia, en la libre competencia de las ideas que reclamamos por costumbre y educación, no puede admitir distingos sutiles que, a pretexto de preservar el sistema democrático, pudieran afectar el ámbito de los temas de discusión, o auspiciar procedimientos arteros que llegaran a coartar las mismas libertades que se quiere mantener. Por eso, esta defensa de la democracia, frente a los abusos de la libertad por sus enemigos de casa adentro, no han de hacerla los gobiernos, ni acaso la legislatura en plano de limitaciones peligrosas; es solamente la prensa misma, la que puede cumplir esta misión decisiva en el progreso y la libertad, tan propias del concepto americano, es decir, de lo consubstancial con la democracia, de cuanto se opone a las dictaduras.

Creo que un Gobierno democrático tiene que mantener una sensibilidad despierta a los rumbos de la opinión pública nacional. De allí la responsabilidad de la prensa como vocero autorizado que exprese de frente el sentimien-

to de un pueblo y no la consigna de un grupo, que plantee razonamientos altivos y no explosiones de insulto; que sea capaz de interpretar el alma pura y franca del pueblo, que es voluntad permanente y orientadora de las naciones.

Nada resulta más necesario para una política democrática y liberal que el poder apreciar la verdadera opinión nacional en una prensa solvente y calificada. Y es, precisamente, una de las ventajas de la norma republicana, el que un Gobierno pueda guiarse en los ór-

Tres sonetos

(En el Rep. Amer.)

LA HORA VACIA

La hora vacía que el amor no sella,
la sin toque de luz, la sin fragancia,
es sin embargo huésped de tu estancia
como el amigo, como la doncella.

Sin lucha el filo de tus armas mella,
detiene casi el ritmo de tu ansia,
tus vuelos torna en insignificancia;
y en vano pugnas por librarte de ella.

¿Ya —diosa infértil— la crueldad consume
de sofocar tus frescos surtidores,
de aridecer tu corazón amante?

No, que alguien viene a ti —frente de espuma,
pasos aéreos, manos con fulgores—
y te liberta; es cosa de un instante.

JUBILO

¿De qué hontanar inextinguible mana
este inocente júbilo sin brida
por el que toda desazón se olvida
hacia una certidumbre sobrehumana?

Esta luz de limpieza meridiana,
este aire puro que a creer convida,
¿cómo a mi gruta va más escondida?,
¿cómo las símas de mi angustia gana?

Comprendo: no he de retener conmigo
la plenitud de corazón abierto
temblorosa en mis uvas y mi trigo.

Pero ya el dueño soy de un rumbo cierto;
a sonreír impávido me obligo,
a prodigarme y a soñar despierto.

EL COLOQUIO

Tú, que sueñas y buscas un oído
sabio, alerta, sutil, y en la creencia
de hallarlo, al iniciar tu confidencia,
ay, descubres un aire distraído...;

tú, que ibas a confiarte, irreprimido,
pero intuyes o ves indiferencia,
y callas, impedida la fluencia
de tu emoción, ahogado tu latido;

¿habrás un día el ser maravilloso
que esté presto a probar, mano en la mano,
de un coloquio sin fin el alto gozo,

con pausas de un silencio soberano,
cabezal venturoso
del platicar y enmudecer en vano?

Julio GARET MAS.

Salto, Uruguay.

ganos de opinión, para señalar los caminos de la marcha histórica de un pueblo. Por eso considero que democráticamente no se puede gobernar sin oposición; un gobierno honrado y respetuoso de la dignidad de sus ciudadanos requiere una oposición vigorosa, capaz, con dirigentes dispuestos a llegar a las posiciones políticas como resultado de una obra de convencimiento ante las mayorías populares, y no de la fácil maniobra de la sorpresa y la cobarde mendicidad de las conspiraciones. Una oposición de recia contextura, de condición civilizada, bien puede guiar, al mismo poder político, con el aporte constructivo de la crítica, cuando el gobernante está pronto a la sana y democrática decisión de rectificar. Esto puede lograrlo una prensa digna, que sea al mismo tiempo índice de cultura de expresión de nivel civilizado de país. La prensa que utiliza armas innobles, la de los golpes vedados, la que se nutre de honras y reputaciones personales, la de la frase vulgar como estilo y de la tergiversación como norma, no llega a ser expresión periodística de trascendencia política. Si esa prensa cree hacer oposición, su volumen será tan ínfimo que nunca llegará a convencer y quedará apenas como triste expresión del camino que aún tiene que recorrer un país, entre el primitivismo y la cultura. Pero, al mismo tiempo, su propia existencia lamentable, sirve como la mejor prueba del respeto a las libertades de un Gobierno tolerante.

La más clara expresión de la ética periodística está en la información imparcial y completa, que difunde los hechos sin atenerse al beneficio o perjuicio político que tales hechos u obras contengan. Este es un deber de la prensa, especialmente americana, porque es condición de progreso dar a nuestros pueblos la verdad y nada más que la verdad. Sólo a base de una información honrada puede el verdadero periodista dirigir su capacidad intelectual hacia el análisis de los hechos, exponer críticas o plantear refutaciones en el comentario, desde el punto de vista de su doctrina, pero con vigor mental para superar las limitaciones de la forma y los prejuicios personalistas.

Una prensa así, que haga del periodismo un fin patriótico permanente y no un medio ocasional, fundamentada en la información veraz, imparcial y honesta, orientada en la crítica vigorosa, será, en las posiciones independientes, en la oposición capaz y aun en los extremismos doctrinarios, una digna expresión de los valores permanentes de un pueblo, y el mejor incentivo del progreso, cuyo ritmo, como os he dicho, es responsabilidad periodística fundamental.

Perdonad, señores, que haya demorado vuestra atención con las ideas de un gobernante ecuatoriano sobre el periodismo en la democracia. Pero creo que en América se aproximan cada día más las funciones de periodismo y Gobierno, en actitud complementaria, dentro de los deberes inmutables de servicio a la Patria y a la humanidad. Inspirad vuestras discusiones, tan inherentes a las relaciones más altas del pensamiento americano y su evolución misma, en el destino de este Continente que os contempla como a sus personeros más dilectos. Es un denominador común que nos une a cuantos creemos en el futuro de justicia y de prosperidad de nuestros pueblos. Un destino que impone el trabajo incesante y la información absoluta, con la actitud alerta, definitivamente americana, del espíritu pronto a toda nueva corriente y a toda obra de cooperación. Que después de vuestro paso por la Capital del Ecuador, volváis a los países de nues-